

El trasfondo de la violencia: raíces profundas de la violencia en México

Introducción: la noche de Iguala y la odisea de Anahí

Santa María Cuquila es un poblado ubicado en plena Sierra Madre del Sur, en la denominada Mixteca Alta, en Oaxaca. Se caracterizaba por la abundante cantidad de especies animales que a la postre se extinguieron casi en su totalidad, lo que representó casi un vaticinio de la migración a causa de la violencia de su humilde población. El nombre de la localidad significa: *el pueblo del tigre*, por la cantidad de tigrillos y ocelotes que alguna vez habitaron la zona, los cuales prácticamente desaparecieron por la caza furtiva, sin escrúpulos, de las últimas décadas, como por la reducción progresiva de los abundantes bosques de pinos y de coníferas que otrora reinaban en los alrededores de Cuquila, los cuales constituían su hábitat natural. Es el mismo caso del venado, que hace décadas proliferaba en los recovecos serranos próximos a la comunidad, y proporcionaba su carne, piel y cornamentas para los habitantes de Santa María.

Ahora parece un sueño la época cuando la gente solía decir que el venado jamás se acabaría y que siempre estaría ahí para brindar su carne a los habitantes del pueblo. Se creía que su especie constituía un recurso infinito al que la gente podría recurrir sin frenos, hasta caer en el abuso y prácticamente extinguirlo.

Hace por lo menos quince años que la gente de la región no ve un tigrillo, se rumora que ya se acabaron por completo; los venados son cada vez más raros, y cuando los ven, desafortunadamente, les disparan. Hace muchos años que la carne de venado es un lujo demasiado raro que extrañamente pueden disfrutar las comunidades indígenas del lugar.

Por años, las laderas de las montañas eran recorridas por cazadores furtivos, tanto de Santa María como de otras comunidades, e incluso de ciudades lejanas y de países extranjeros. Gente a la que nadie conocía llegaba sin autorización alguna para dispararle a cuanto conejo, venado, tejón, tigrillo y venado habitaba en la zona. Hasta llegar al punto de que casi no quedó nada que habite los cerros.

Algunos de los pobladores cuentan, no sin cierta nostalgia, casi como una leyenda, que a veces en las madrugadas se escucha el rugido de algún tigrillo en celo; otros dicen que aquello no es verdad, que los felinos salvajes ya se acabaron en la región. Que los mataron a todos o se fueron para otros parajes más solitarios de la sierra, lo más lejos posible del hombre.

Los habitantes de Santa María, sobre todo los que tienen 30 años de edad o más, aún lamentan que los cerros, antaño poblados de pinos hasta las cumbres, como ellos los conocieron cuando eran niños, ahora se encuentren prácticamente desnudos y erosionados, sin un solo árbol en pie. La mayor parte de ellos fueron talados por grandes empresas transnacionales o por leñadores mercenarios que trabajaban para aquellas, algunos pertenecientes a la misma comunidad. Lo poco que quedaba fue arrasado por enormes incendios forestales que hubo en los años noventa, hay quien dice que fueron ocasionados intencionalmente por los invasores de predios, con la complicidad del propio gobierno municipal. Varios de los terrenos baldíos que quedaron tras la deforestación y los incendios, curiosamente, ahora son empleados para el cultivo de amapola y marihuana.

Estadísticas del Instituto Nacional Indigenista señalan que un 95% de su población es bilingüe: hablantes de mixteco y español. Existe una importante población en la comunidad que habla también inglés o está preocupada por aprenderlo; muchos de ellos emigrarán o ya lo han hecho a los Estados Unidos, Ciudad de México, la Costa, la capital de Oaxaca,

para trabajar en turismo, y requieren una tercera lengua; contrariamente, al español y al mixteco los miran con desdén, como si no tuvieran el estatus que necesitan para sobresalir en la sociedad.

Durante siglos en la región se fabricaba una artesanía a base de barro, con escasa decoración, pero muy elegante, con la cual comerciaban prácticamente en todo el Estado de Oaxaca. Sobre todo en los años sesenta y setenta del siglo XX, Santa María vivió un importante periodo de esplendor económico, su producción artesanal llegaba a todos los municipios del Estado, incluso hasta la Ciudad de México, Veracruz, Chilpancingo y Oaxaca. Pero con la llegada de los productos chinos, la producción se vino abajo completamente. Los artesanos dejaron sus talleres y comenzaron a alquilarse como peones para el campo y la construcción, entraron a colaborar con el narcotráfico, una inmensa mayoría de gente se vio obligada a migrar en los años ochenta y noventa por cuestiones económicas, varios no regresaron nunca.

A partir del 2005, se presentó una tercera oleada migratoria en la región, tal vez la más fuerte, propiciada por la guerra contra el crimen organizado que desató el entonces presidente Felipe Calderón en todo el país. Los miembros del Cartel del Golfo, quienes controlaron el tráfico de drogas en la región durante muchos años, se fueron, cayeron en la cárcel o murieron, lo que dio paso al control total de las comunidades por parte de los Zetas, un nuevo grupo delictivo, que otrora colaboraba con el Golfo como brazo armado, pero aún más violento, sembraba muerte, secuestro e impunidad. La tercera oleada migratoria, propiciada por la violencia, fue una de las más cruentas. Santa María Cuquila prácticamente se quedó sola.

En los últimos años, María Catalina y Gabriel Bugarín han tratado de aferrarse a su casa, a su taller, a sus tierras y a su comunidad, a pesar de todo. Se conocieron cuando estudiaban en la Telesecundaria a inicios de los noventa. Actualmente él tiene 45 años de edad y ella, 38 años. Los papás de Gabriel eran artesanos y le enseñaron a trabajar el barro. Desde entonces, él y su esposa Catalina no han cesado en su esfuerzo por seguir produciendo loza, cántaros, jarros y platos de acuerdo con los modelos tradicionales con que se fabricaban desde hace más de 100 años. Su taller es de los últimos que se sostienen en pie en la población. La competencia con los productos de plástico,

las importaciones y las copias traídas de China y Taiwán no los ha desanimado, tampoco el cobro de impuestos y plaza por parte de los grupos del crimen organizado, quienes exigen a los pocos artesanos y comerciantes que quedan en la región el pago de diez a quince pesos por cada producto de barro vendido o extraído de sus hornos.

A su primer hijo lo llamaron Aníbal porque a Gabriel le agradaba mucho ese nombre; desde que él era niño quería tener un hijo varón para llamarlo así. Luego nació su hija, Catalina, así la llamó Anahí, por la protagonista infantil de un programa de televisión para niños al que era aficionada en los años ochenta. Ahora esa protagonista es un personaje de la farándula famosa, esposa del gobernador del Estado de Chiapas, Manuel Velasco. Durante muchos años, la única señal de televisión que llegaba a Santa María era la de dos canales de Televisa, por ello la gente creció viendo las telenovelas, al Tío Gamboín, Chabelo y los partidos de fútbol del equipo América. Aún una gran cantidad de gente del pueblo le va al América, que es el equipo oficial de la empresa televisora Televisa.

Aníbal y Anahí crecieron ayudando en el taller de sus padres, aprendiendo el oficio de artesanos. Con todo y las limitaciones económicas, Gabriel y Catalina fueron enviados a la Telesecundaria y al Bachillerato Tecnológico recién fundado por el gobierno del Estado. Por lo menos, actualmente los muchachos no tienen que irse del pueblo si desean estudiar la preparatoria.

En los años de educación básica y media de Aníbal y Anahí era común ver partir a buena parte de los escolares, a mitad de año, a trabajar en la sierra. Todos sabían la verdadera razón, incluso los profesores, que se iban para participar en el cultivo de amapola y para cuidar los sembradíos de los narcos. Pero nadie decía nada, sabían que no era correcto siquiera mencionarlo por cuestiones de seguridad. Una gran mayoría de aquellos muchachos ya no regresaban, a algunos los mataban y no se volvía a saber nada de ellos, y otros preferían quedarse a trabajar y abandonar para siempre la escuela. En la actualidad, en la región, el cultivo de la amapola que abarca zonas rurales completas de Oaxaca y Guerrero constituye el único medio de sostenimiento económico de grandes cantidades de familias en el campo.

De manera que cuando Anahí decidió ingresar a la Normal de Ayotzinapa, en Guerrero, ella y su hermano ya estaban acostumbrados a las relaciones jerárquicas verticales de algunos estudiantes y profesores al interior de las escuelas rurales. Quienes estaban vinculados con la política estudiantil, conocida como la grilla, con el crimen organizado, o con ambos, contaban con ciertos privilegios y autoridad sobre los demás al interior de la comunidad estudiantil. Y el que no estaba de acuerdo o sufría la desgracia de tener conflictos con ellos podía ocurrirle todo: desde ser amenazado con armas de fuego, pues solían andar armados; recibir una aleccionadora golpiza; hasta padecer un “levantón”: un secuestro orquestado por sus propios compañeros y conocidos y no retornar jamás. Esto era así desde que ella estaba en la secundaria, así es que la estructura jerárquica vertical de la Normal, muy similar a como se organizaban las escuelas en su comunidad, gobernadas por el narco desde que ella tenía memoria, no la sorprendió en lo absoluto. Estaban los alumnos vinculados con grupos armados y clandestinos del sureste de México: las guerrillas, y luego los otros, relacionados con la mafia, a los que últimamente se les conocía como los Rojos, quienes se encontraban en franca guerra contra otras bandas criminales rivales: los Guerreros Unidos, los Ardillos y los mismísimos Zetas. Había algunos de los estudiantiles que pertenecían simultáneamente a ambos tipos de grupos: políticos y criminales indistintamente. Como cada vez se estila más en diversos lugares de México.

Bajo cierta presión de sus padres, Aníbal se inscribió también en la Normal, para estar cerca de su hermana y cuidarla todo el tiempo por encargo de Catalina. La idea era que terminaran la Normal y luego concursaran para tratar de obtener una plaza en Santa María Cuquila y regresar a su hogar.

Aníbal no estaba muy de acuerdo con ser profesor normalista, igual que su hermana, él era muy bueno para las matemáticas y en algún momento proyectó partir hacia la capital de Oaxaca para estudiar ingeniería mecánica en la universidad. También pensaba muchas veces en quedarse en Santa María con sus padres y continuar con la tradición artesanal de su familia. Sin embargo, la idea de dejar a su hermana menor sola en un internado, tal como estaban las cosas en todos lados, fue más fuerte. El muchacho planeó terminar primero la

Normal acompañando a Anahí e inmediatamente después irse para Oaxaca, cuando acabaran de formarse como maestros, quizá ya con un trabajo estable como profesor de primaria o secundaria.

Apenas llevaban dos meses de clases la noche en que las cosas ocurrieron. En la Normal había estado demasiado agitado el ambiente desde la mañana. Los líderes estudiantiles llamaban o recibían llamadas y mensajes de celular durante todo el día. La comunidad estudiantil parecía tensa sin una razón aparente. Empero, nadie decía nada. Llegada la hora de cenar y prepararse para dormir como diario, se les ordenó abordar los autobuses que la Normal se había adjudicado a la fuerza para utilizarlos como medios de transporte. Aníbal se dio cuenta que la inmensa mayoría de quienes abordaron los camiones eran de los grupos de primero y segundo semestre. Extrañamente, los de semestres avanzados y la gran mayoría de los líderes estudiantiles se quedaron en la Normal para “apoyar” desde ahí.

Los hermanos nunca tuvieron del todo claro la razón por la que habrían salido en los autobuses aquella noche. La confusión y las dudas acerca de las verdaderas causas de la movilización estudiantil esa noche de septiembre de 2014 los perseguiría aún. Los líderes estudiantiles no decían mucho o se molestaban cuando se les cuestionaba, y amenazaban con dar una golpiza a quien no obedeciera sus órdenes.

Casi todos los estudiantes de la Normal tenían apodos: *el gordo*, *el pingüino*, *el caballo*, *el pelón*, *el piojo*, *la chiva*, etc. Uno de aquellos estudiantes, quien respondía a un seudónimo que ahora Anahí prefiere no recordar, pretendió que los hermanos se subieran a camiones diferentes. Los líderes señalaban que los estudiantes de la Normal debían aprender a ser personas independientes y decididas, debían romper sus lazos familiares, por lo que mandaron a Aníbal a un segundo autobús. A pesar de la orden, el muchacho tuvo el tino de escabullirse y subir al transporte en el que iba su hermana, tenía una rara corazonada de que algo malo podría ocurrir aquella noche de septiembre de 2014, como después narró a sus padres y amigos ya de regreso en su comunidad.

Aníbal se ocultó en el asiento donde iban su hermana y otra chica, Ileana, proveniente de una ranchería cercana a Santa María Cuquila, de donde ellos eran originarios. Las muchachas lo taparon con una cobija, ocultándolo, y cubriéndose ellas también con el pretexto del frío. Ileana

y Aníbal tenían una semana de iniciar una relación como novios, por lo que el muchacho se aferró aún más a la idea de permanecer cerca de su hermana y su pareja.

Su vehículo partió desde Ayotzinapa y se enfiló por la carretera con rumbo a Iguala, en el mismo Estado de Guerrero. Al entrar a la ciudad, Anahí recuerda que tres patrullas municipales comenzaron a seguirlos sin tregua, el chofer del autobús parecía demasiado nervioso. Uno de los líderes estudiantiles, quien habría pretendido separar a los hermanos al inicio de la jornada nocturna, realizó una llamada a través de su teléfono celular, solicitando ayuda a sus compañeros de Ayotzinapa. Por lo que la muchacha alcanzó a darse cuenta, supuestamente desde la escuela les serían enviados refuerzos en el menor tiempo.

De pronto, aún en la entrada de la ciudad, el camión se detuvo frente a un retén conformado por varias patrullas municipales. Los uniformados les estaban apuntando con sus armas, cerrándoles el paso por completo. Los estudiantes cayeron en pánico. El chofer del autobús abrió el vehículo y salió, diciéndoles que en breve regresaría por ellos. Aparentemente intentó hablar con los oficiales y explicarles que se trataba de estudiantes. Los gritos de los policías no se hicieron esperar, amenazaban e insultaban, cortando cartucho. El chofer regresó, y al poco tiempo se escucharon las primeras descargas, el primero en caer muerto fue él, con un tiro en la cabeza. Los uniformados le estaban disparando al camión.

—¡No nos disparen, somos estudiantes...! —Gritó al parecer el líder estudiantil, quien los había pastoreado desde un inicio.

—¡Por eso mismo, pendejos...! —Respondieron sus agresores. Luego él cayó muerto por una bala que le atravesó la sien.

Como pudieron, ya sin su dirigente, los muchachos consiguieron abrir las puertas y ventanas de emergencia del autobús. Aníbal utilizó la puerta del baño del camión para escabullirse con las dos muchachas y salir sin que lo vieran los policías. Se ocultaron bajo las llantas del camión, pero pronto fueron apresados por los uniformados, quienes agruparon a los muchachos, les dieron golpes y los amedrentaron. Para entonces había al parecer más de cinco muertos entre quienes iban en el autobús, incluidos el chofer y el líder estudiantil. Algunos de los estudiantes tomaron rocas y botellas y pretendieron defenderse de sus

victimarios lanzándoselas. Una segunda oleada de disparos se suscitó sobre ellos y varios cayeron muertos sin remedio o heridos.

Al poco tiempo, averiguaron que uno de sus compañeros había sido desollado vivo, los policías arrancaron y separado su rostro mientras aún podía gritar.

Aníbal aprovechó la confusión y corrió con las dos muchachas cogidas de cada una de sus manos. Otros corrieron junto a ellos, pero también cayeron bajo el fuego policial.

Los fugitivos se internaron en un lote baldío, Aníbal no soltaba por ningún motivo a las dos jovencitas. Junto con ellos iban otras dos chicas, demasiado jóvenes, apenas de diecisiete años, a quienes conocían recién, provenientes de una comunidad de Chiapas. Las cuatro mujeres y Aníbal se metieron debajo de un puesto de lámina utilizado por un vendedor de tacos. Apenas cabían apretándose contra el piso y el helado metal. Durante dos horas escucharon sonidos de patrullas, disparos, alaridos y chillidos por toda la ciudad, aquello era más bien una cacería humana.

Escucharon la voz de una anciana que gritaba a los policías:

—¡Dejen en paz a esos pobres muchachos. Desgraciados...!

Aníbal tuvo el instinto de abandonar su escondite y refugiarse en otro sitio. En compañía de las cuatro muchachas, se precipitaron al lugar de donde provenía la voz de la mujer.

—¡Déjenos entrar, por favor, nos están matando...!

La anciana les permitió pasar a su humilde casita de interés social y los escondió en el patio. Gracias a ella, sobrevivieron aquella noche.

Volvieron como pudieron hasta la tarde del día siguiente a la Normal en Ayotzinapa. Utilizaron algo de dinero que pudieron juntar entre los cinco, pidieron cien pesos prestados en la central de autobuses y comieron pan con refresco de cola para mitigar el hambre. La misma ancianita que los había ocultado les dio almuerzo antes de que partieran.

Se dieron cuenta de que un poco más de la mitad de los estudiantes no habían regresado, con el paso de los días descubrieron que aquellos compañeros no retornarían jamás ni se volvería a saber de ellos.

Al poco tiempo, leyeron en los comunicados de la prensa y de la Procuraduría General de la República que un grupo de sicarios pertenecientes a los Guerreros Unidos habían recibido a los estudiantes luego de haber sido capturados por los policías municipales. Los pistoleros

terminaron de ejecutar a los que sobrevivieron, y a los que no, los dejaron morir asfixiados en los vehículos en que fueron transportados hacia un paraje desolado. Algunos fueron quemados cuando aún se encontraban con vida. El Cepillo, sanguinario lugarteniente de los Guerreros Unidos, tras ser capturado, luego de su deportación de los Estados Unidos, reveló que él y otros de sus cómplices habían incinerado los cadáveres de los estudiantes en un tiradero de Cocula, un municipio vecino, calcinándolos con llantas. Esta fue la llamada “verdad histórica” que ha sido cuestionada por el Grupo Interdisciplinar de Expertos Independientes (GIEI) de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el cual concluyó que en ese basurero no pudieron quemarse tantos cuerpos.

Esta práctica es común entre los Zetas e importada desde el norte del país hacia el sureste.

El impacto en la vida de Anahí y Aníbal fue tal que al siguiente día, por orden de sus padres, tomaron sus cosas, junto con Ileana, la novia del muchacho, para volver a su comunidad y no regresar jamás a Guerrero ni a la Normal.

En las últimas semanas, Aníbal y su hermana estuvieron un poco más tranquilos, pero en el seguro social le dijeron a Anahí que padecía estrés postraumático. Le costaba mucho trabajo conciliar el sueño y se despertaba llorando por las madrugadas. Se vio obligada a tomar medicamentos psiquiátricos para tranquilizarse. El trabajo y la rutina del taller de sus padres les proporcionó una calma necesaria para recuperarse. Ahora, sus padres están pensando seriamente la idea de dejar a sus hijos en el pueblo y no enviarlos a ningún otro lado a estudiar. Recientemente, Ileana quedó embarazada de Aníbal y se fue a vivir con ellos y a trabajar también en el taller.

Lenguaje y violencia: sus consecuencias en la educación

Desde la noche de Iguala, en septiembre de 2014, cuando murieron o desaparecieron en el Estado de Guerrero, México, un poco más de cuatro decenas de estudiantes normalistas, una lluvia de opiniones,

publicaciones, comunicados, manifiestos, crónicas, escritos y artículos han aparecido en las redes sociales, los medios de comunicación y la prensa.

Desafortunadamente, en una arrolladora mayoría de quienes los escriben, editan y comparten, se aprecia una fuerte carga de protagonismo así como francas tendencias oportunistas y esnobs. Pareciera que la desaparición de los estudiantes y el drama vivido por sus padres son aprovechados por muchos y diversos grupos e individualidades con fines de autopromoción e, incluso, económicos; hay intelectuales, líderes de opinión, periodistas sin escrúpulos y pseudoartistas que tratan de obtener cierta fama al sumarse a la causa, y células de la antigua izquierda mexicana, ansiosas de obtener recursos financieros a partir de explotar discursos con carácter de victimización.

Está el caso del actual vocero de los padres de familia de los desaparecidos en Ayotzinapa: Felipe de la Cruz. El vocero egresó de la misma casa de estudios: la Normal Rural Isidro Burgos, de donde aquella noche salió el contingente de estudiantes agredidos por la policía municipal de Iguala y por el cartel de los Guerreros Unidos. Estudió ahí en los años ochenta; muy pronto, debido a sus vínculos con organizaciones civiles y rurales, consiguió una plaza como docente por medios ilegales en Acapulco, la capital de Guerrero. En los años noventa, después de una de las reformas educativas propuestas por el presidente Salinas de Gortari para despojar de plazas ilegales a aquellos maestros “aviadores” (quienes cobran un sueldo, pero no laboran) u obligarlos a trabajarlas, de la Cruz logró evadirse de sus obligaciones gracias a sus nexos con la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG) y prosiguió con el cobro de su sueldo sin tener que presentarse a ninguna escuela; a veces apoyando al partido político con el poder en turno, con su sindicato, en otras ocasiones, cuando convenía, pasando del lado de la izquierda y de los inconformes. Contrariamente, aprovechándose de sus vínculos y amistades dentro del sindicato, logró conseguir una plaza más en la misma comunidad acapulqueña: Cuajinicuilapa. Por la segunda plaza sí tuvo que presentarse, a regañadientes, a dar clases (Ortega, 2015).

De la Cruz aprovechó la coyuntura de la desaparición de los 43 normalistas y se convirtió en su vocero, y en septiembre de 2014

logró su propósito: seguir conservando sus dos plazas, cobrando por ellas, pero sin tener que presentarse a laborar en la escuela a la que estaba adscrito.

Desde entonces, se mudó a la Normal de Ayotzinapa, y se ha dedicado a promocionar y viajar con el grupo de padres de familia afectados por la pérdida de sus hijos. Aparece en todas las fotografías de la prensa junto a los infortunados, aunque él no sufrió, desde luego, aquella noche, ninguna pérdida ni agresión directa contra su persona o su familia. Por su actividad como “intelectual orgánico” del movimiento, recibe incluso un sueldo adicional por parte de los padres de familia y de aquellos quienes siguen apoyando y financiando económicamente a las víctimas.

En primera fila de este tipo de individualidades protagónicas y oportunistas, se encuentra también la periodista Sanjuana Martínez, oriunda de la ciudad de Monterrey, quien bajo la bandera de la defensa de los derechos humanos de las minorías y los desvalidos, gusta desatar escandalosas polémicas, con las cuales, al parecer, más que pretender ayudar a quienes “defiende” en sus crónicas y escritos, se beneficia abanderando causas que generan ruidosos escándalos mediante cualquier recurso, incluyendo la mentira, la distorsión y la exageración de los datos.

A tal grado que, sin el menor escrúpulo, afirmó a inicios de enero de 2015, sin ningún fundamento ni prueba, que los 43 estudiantes habían sido incinerados en crematorios del Ejército y en incineradores privados (Martínez, 2015). La periodista comparaba, sin el menor fundamento, la matanza de Iguala con los crematorios de los campos de concentración de judíos en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial, y utilizaba un discurso que no beneficiaba a las víctimas, sino que incrementaba su *rating* y el número de lectores y seguidores de sus trabajos. También, acusó al Ejército mexicano de su participación directa en la matanza, aunque apenas en el mes de abril la Comisión Nacional de Derechos Humanos hizo públicas las declaraciones de un testigo protegido, quien asegura que dos policías federales participaron en la agresión a los estudiantes, cuyo involucramiento no estaba considerado inicialmente en “la verdad histórica”.

Empero, tras la captura de El Cepillo, lugarteniente y matón de los Guerreros Unidos, quien confesó, luego de ser aprehendido a finales de enero de 2015, que él y sus ayudantes asesinaron y calcinaron por lo menos a quince estudiantes de la Normal, quienes le fueron entregados por las policías de Iguala y Cocula, en Guerrero, cambiaron todas las versiones. Se supo que el Ejército no participó en los hechos ni se utilizaron sus crematorios (Alzaga, 2015), sino que los jóvenes habían sido rematados y quemados (incluso vivos algunos de ellos) con llantas y madera en un basurero del municipio de Cocula, aledaño al de Iguala, cuyos presidente municipal y Policía sí han resultado implicados por colaborar con el alcalde Abarca, de Iguala.

Algo que se ha dejado de mencionar, en la mayoría de los reportajes, crónicas y opiniones desatados a partir de estos hechos, es el nivel de violencia que ha permeado hasta las fibras más íntimas de los contextos escolares, pervirtiéndolos hasta la raíz. Se ha sacado a la luz cómo un entorno como el educativo, cuya finalidad es formar y brindar herramientas cognitivas a jóvenes y niños, ha terminado por corromperse por la violencia, la impunidad y las acciones del crimen organizado y de funcionarios educativos sin escrúpulos. Tanto por parte de quienes perpetraron las agresiones contra los normalistas como de quienes en su momento los enviaron, a sabiendas del peligro al que se enfrentaban. Las mismas autoridades escolares de la Normal y del CETEG aún se siguen beneficiando con el espectáculo de los padres, quienes penan por todo el país en busca de sus hijos y a quienes no se les ha señalado aún por su implicación en el crimen.

El teórico y estudioso de la violencia Roberto Espósito, a partir de las tesis de Hannah Arendt y Julia Kristeva, realiza una distinción fundamental entre comunicación y violencia. La comunicación y el lenguaje hablado y escrito suelen presentarse con unos formalismos e intenciones aparentemente pacíficas y democráticas. Por otra parte, las acciones de quienes en ocasiones presentan estas comunicaciones sí son violentas y utilitarias. Pareciera que el discurso hablado va por un camino y las acciones por otro muy diferente:

La violencia es muda, no precisa de palabras, mientras que la comunicación es el espacio destinado al diálogo, a la resolución

no violenta de los conflictos y, por lo tanto, al desarrollo de la política entendida como lo opuesto a la violencia. La política, efectivamente puede ser contraria a la violencia cuando se expresa en el discurso y en el diálogo... (Espósito, 2006, p. 61)

Esto aplica para diversos tipos de discursos: educativos, pedagógicos, políticos, de periodistas y defensores de los derechos humanos; a nivel comunicacional y lingüístico, parecen plantearse intenciones de diálogo, educativas y humanitarias, pero en el nivel emocional y de las acciones, que es el nivel en que se mueve la violencia, desafortunadamente, los hechos van en un sentido completamente contrario.

Las víctimas reales de la noche de Iguala, los normalistas y sus padres, al parecer, son quienes menos les interesan a los grupos de izquierda, autoridades de la Normal, profesores y síndicos, artistas, intelectuales, defensores de los derechos humanos y demás estirpe de oportunistas que se han sumado a la causa en los últimos ocho meses.

Poder y violencia en México

Al citar a los teóricos políticos griegos Tracímaco y Glaucón, Luis Villoro indica que desde tiempos antiguos quienes se dedican a la política no buscan el beneficio común de la sociedad, sino el propio:

Tracímaco, secundado por Glaucón, sostiene, convincentes argumentos en apoyo de la primera tesis: de hecho, el fin que todos buscan en la vida política es lograr el poder y actuar sin cuidar de la justicia, bajo la apariencia de ser justo. Injusticia es seguir el interés del más fuerte y el más fuerte es quien ejerce el poder en beneficio propio. El bien común es, para él, sólo un medio de satisfacer sus deseos. Así son en realidad las cosas; el Estado es resultado de la voluntad de poder, lo demás es ilusión. (Sánchez Vázquez, 1998, p. 165)

Una de las causas por las que la educación se ha vuelto un contexto en el que pervive tanta violencia en su interior es su franca politización, tanto bajo los intereses de grupos de profesores y activistas de izquierda como por parte de funcionarios educativos y políticos, para quienes la docencia, la educación, sus profesores y alumnos no son más

que un medio para conseguir beneficios personales. Como bien señala Villoro, por una parte, esto venía ocurriendo desde tiempos remotos, ya los griegos clásicos se quejaban de la corrupción en la política. Siguiendo a Villoro, quien, a su vez, se adscribe a las enseñanzas de Sócrates, la educación debería ir dirigida hacia la justicia en el sentido antiguo de la palabra:

Sócrates, en cambio, ve en la justicia el fin de la república. Justicia es la realización del bien de todos; en ella los elementos diversos se armonizan. Quien quiere la justicia no puede actuar en su exclusivo interés; quien quiere la justicia no puede desear el poder para sí mismo. Si una ciudad estuviera gobernada por hombres de bien, maniobrarían para escapar del poder como ahora maniobran para alcanzarlo, pues el verdadero gobernante no está hecho para buscar su propio interés, sino el del sujeto gobernado. (Sánchez Vázquez, 1998, p. 165)

El docente, el pedagogo y el profesor deberían ser personas interesadas en la justicia en el sentido antiguo, la cual busca no el beneficio monetario o político propio, sino el de la mayoría.

La cuestión es que la escuela se ha vuelto un botín muy jugoso y anhelado por distintos grupos de todas las ideologías, por la posibilidad del manejo de recursos financieros y políticos que pueden lograrse y de hecho logran a través de ella.

La búsqueda de poder político y financiero a través de la educación, por un lado, y por el otro, los fenómenos tremendos de violencia social, los grupos de crimen organizado, etc., que también inciden en la vida educativa, vuelven a la escuela, a sus alumnos y a los profesores que sí enseñan, a las víctimas que se encuentran en el último lugar de una cadena que parece alimenticia y despiadada.

La escuela se vuelve cada vez, por dentro y por fuera, un reflejo de la descomposición de la sociedad. Y para entender los fenómenos de violencia escolar de los últimos tiempos, también deberá acudir a reflexionar acerca de los contextos sociales violentos en México (Bartra, 1989, p. 180). Con esto queda planteado el principal propósito de este libro.

Los enfoques teóricos para el estudio de la violencia

En su interesante y ya clásico estudio teórico y práctico sobre la violencia en el siglo XX *Anatomía de la destructividad humana*, Erich Fromm divide todos los enfoques teóricos que han estudiado psicológica y socialmente la violencia en las últimas décadas, y los clasifica de la siguiente manera:

- a. Innatistas o instintivistas: encabezados, de acuerdo con Fromm, por uno de los principales padres de la etología moderna: Konrad Lorenz. Sobre la base de sus estudios sobre el comportamiento animal en diversas especies, particularmente en aves migratorias, Lorenz sostenía la hipótesis de que la violencia es fundamentalmente innata o inherente a las especies animales, lo que ilustró con innumerables descripciones de especies del mundo animal. Su conclusión fundamental es que el hombre, los animales y la naturaleza en general son violentos desde sus orígenes, como una respuesta necesaria de autodefensa que se encuentra implícita en sus genes. El problema que señala Fromm radica en la dificultad de generalizar de manera tan arriesgada, dando un salto teórico desde las especies animales a la humana, la cual está expuesta a muchas más variables, como la cultura y la sociedad (Fromm, 2006, p. 109)
- b. Ambientalistas o conductistas: en una perspectiva completamente opuesta a la de Lorenz, se encuentran los conductistas, liderados por B. F. Skinner y Thorndike. Estos explican las conductas violentas a partir de aprendizajes sociales; para ellos, la violencia de los individuos es producto de los ambientes violentos de donde son aprendidas las conductas correspondientes. Fromm señala que estos modelos ambientalistas son, sobremanera, reduccionistas; es decir, que acuden a las hipótesis sencillas. Es muy fácil decir que el hombre y los grupos son violentos nada más porque el entorno también lo es (2006).
- c. Modelos socioculturales o dialécticos: los modelos socioculturales, en los cuales Fromm ubica en primer lugar la teoría de Marx y el psicoanálisis, así como su propio modelo psicosocial,

estarían caracterizados por hacer un especial énfasis en las características del contexto social y cultural en que se desarrollan los fenómenos violentos, por una parte. Por otra parte, estos modelos buscan establecer vínculos explicativos entre las causas sociales y los factores psicológicos individuales:

Cuando contemplamos el comportamiento del individuo y el de la masa vemos que el deseo de satisfacer el hambre y la sed es sólo una parte pequeña de la motivación humana. Las motivaciones principales del hombre son sus pasiones racionales e irracionales: su ansia de amor, de ternura, de solidaridad, de libertad y de verdad, así como el impulso de mandar, de someter, de aniquilar; el narcisismo, la voracidad, la envidia y la ambición. Estas pasiones lo mueven y excitan; son la materia de que están hechos no sólo nuestros sueños sino todas las religiones, los mitos, el teatro, las obras de arte... en resumen: todo lo que le da sentido a la vida y la hace digna de ser vivida. Las personas motivadas por esas pasiones arriesgan su vida. Tal vez se suiciden si no logran alcanzar la meta de su pasión, pero no se suicidarán por la falta de satisfacción sexual, ni siquiera porque estén muriendo de hambre. Pero ya sea que los impulse el odio o el amor, la pujanza de la pasión humana es la misma. (Fromm, 2006, p. 269)

Así, el psicoanalista Erich Fromm realiza una distinción fundamental entre violencia y agresión. La agresión consiste, básicamente, en una reacción biológica defensiva, como en parte señalaba Konrad Lorenz, que se presenta en las interacciones de las especies del mundo animal, de las cuales el hombre también es innegablemente parte. Además, el ser humano también posee una dimensión social y cultural, en la cual se inscribe la violencia, la cual pertenece a una dimensión antropológica, relacionada con la cultura y la vida grupal. En esta dimensión, la violencia puede ser perfectamente estudiada por teóricos sociales como Marx, Freud, Fromm, Roger Bartra, etc.

El propósito de este libro consiste en seguir una línea sociocultural que vincule los factores sociales y culturales de los fenómenos de violencia en el contexto de México, para ir aterrizando con los procesos de violencia que se dan al interior de las escuelas y repercuten

directamente en la vida individual de estudiantes y profesores, y convierten la realidad social mexicana en un entorno cada vez más violento. Los casos como la matanza de Iguala, en septiembre de 2014, el auge del narcotráfico en México en las últimas décadas y su incidencia en las aulas escolares, el matoneo, la violencia escolar, etc., reciben especial atención en este estudio.

Bibliografía

- Alzaga, I. (2015). “El Cepillo”: recibí a 15 estudiantes vivos y los maté a balazos. *Milenio*. Recuperado de http://www.milenio.com/politica/Cepillo-recibi-estudiantes-vivos-balazos-normalistas-estudiantes-Ayotzina-pa-homicidio_0_451754846.html
- Bartra, R. (1989). Violencias salvajes, usos, costumbres y sociedad civil. En A. Sánchez Vázquez (Comp.), *El mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Espósito, R. (2006). Lenguaje y violencia, entre Benjamín y Canneti. *Revista de Filosofía*.
- Fromm, E. (2006). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.
- Martínez, S. (2015). Los 43 pudieron haber sido incinerados en crematorios del ejército. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2015/01/04/politica/008n1pol>
- Ortega, A. (2015). Es “aviador” y de la CETEG, vocero de padres de los 43. *El Financiero*. Recuperado de <http://www.elfinanciero.com.mx/nacional/es-aviador-y-de-la-ceteg-vocero-de-padres-de-los-43.html>
- Sánchez Vázquez, A. (1988). *El mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villoro, L. (1989). Poder, contrapoder y violencia. En A. Sánchez Vázquez (Comp.), *El Mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica.